

SANTOS Y ANÉCDOTAS

“Salve, Bernardo”

Esta semana recordamos a san Bernardo de Claraval (1090-1153), Doctor de la Iglesia y místico, que desde su intuición artística nos acerca a los misterios de la Virgen María...



Entre los muros de piedra que adornan la abadía de Claraval, en la Francia medieval, destaca una imagen de la Virgen María. Como en un ritual, San Bernardo (1090-1153) atraviesa a diario las gélidas galerías de color ocre, se detiene ante la figura de su Madre y la saluda con gran devoción: "¡Salve, María!". Un día, sin embargo, el exceso de preocupaciones le distrae. (Recordemos que san Bernardo fundó alrededor de 70 monasterios, que llevaron a la expansión de la orden [Císter] por toda Europa, en plena época de Las Cruzadas). Estos y otros temas, sin duda importantes, le llevaron a olvidar su costumbre, y a transitar frente a la estatua de la Virgen como si Ella no estuviera. Pero su Madre no se conforma con esta indiferencia y le 'amonesta': "¡Salve, Bernardo!... Avergonzado, Bernardo retrocede, hace una reverencia y le dice: "¡Salve, María!".

Esta anécdota nos da una idea de lo que San Bernardo quería a la Virgen María. Desde su intuición artística y don místico se acerca a los misterios de su vida, como lo demuestra su escrito: "Todo el mundo espera la respuesta de María", sobre la escena de la Anunciación:

Oíste, Virgen, que concebirás y darás a luz a un hijo. Oíste que no era por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor que lo envió. También nosotros, los condenados infelizmente a muerte por la divina sentencia, esperamos, Señora, esta palabra de misericordia. Se pone entre tus manos el precio de nuestra salvación; en seguida seremos librados, si consientes. Por la Palabra eterna de Dios fuimos todos creados, y a pesar de eso morimos; más por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para ser llamados de nuevo a la vida...

No tardes, Virgen María, da tu respuesta. Señora Nuestra, pronuncia esta palabra que la tierra, los abismos y los cielos esperan. Mira: el rey y señor del universo desea tu belleza, desea no con menos ardor tu respuesta. Ha querido suspender a tu respuesta la salvación del mundo. Has encontrado gracia ante de él con tu silencio; ahora él prefiere tu palabra. El mismo, desde las alturas te llama: «Levántate, amada mía, preciosa mía, ven...déjame oír tu voz» (Cant 2,13-14) Responde presto al ángel, o, por mejor decir, al Señor por medio del ángel; responde una palabra y recibe al que es la Palabra; pronuncia tu palabra y concibe la divina; emite una palabra fugaz y acoge en tu seno a la Palabra eterna...

Abre, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas al Criador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando a tu puerta. Si te demoras en abrirle, pasará adelante, y después volverás con dolor a buscar al amado de tu alma. Levántate, corre, abre. Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento. «Aquí está la esclava del Señor, -dice la Virgen- hágase en mí según tu palabra.»

Por M. Luisa Lecaros

¿Qué nos dice San Bernardo hoy? Nuestro párroco, Francisco Cruz, nos comenta:

Siempre me impresionó mucho el amor de San Bernardo a la Virgen. Esta anécdota lo demuestra claramente. Baste sólo pensar que él fue el que escribió la parte final de la oración de la Salve, que es la que rezamos al concluir el rosario.

Su gran confianza en la Virgen y especialmente su mirada hacia Ella como fuente de esperanza está sintetizada en esta oración que él compuso en la que la invoca como “estrella” que nos guía en nuestras noches.

Mira a la estrella, invoca a María

Si se levanta la tempestad de las tentaciones, si caes en el escollo de las tristezas, eleva tus ojos a la Estrella del Mar: ¡invoca a María!

Si te golpean las olas de la soberbia, de la maledicencia, de la envidia, mira a la estrella, ¡invoca a María!

Si la cólera, la avaricia, la sensualidad de tus sentidos quieren hundir la barca de tu espíritu, que tus ojos vayan a esa estrella: ¡invoca a María!

Si ante el recuerdo desconsolador de tus muchos pecados y de la severidad de Dios, te sientes ir hacia el abismo del desaliento o de la desesperación, lánzale una mirada a la estrella, e ¡invoca a la Madre de Dios!

En medio de tus peligros, de tus angustias, de tus dudas, piensa en María, ¡invoca a María!

El pensar en Ella y el invocarla, sean dos cosas que no se aparten nunca ni de tu corazón ni de tus labios.

Y para estar más seguro de su protección no te olvides de imitar sus ejemplos.

¡Siguiéndola no te pierdes en el camino!

¡Implorándola no te desesperarás!

¡Pensando en Ella no te descarriarás!

Si Ella te tiene de la mano no te puedes hundir.

Bajo su manto nada hay que temer.

¡Bajo su guía no habrá cansancio, y con su favor llegarás felizmente al Puerto de la Patria Celestial!

Amén

Referencias

Claraval. S. Bernardo. Obras Completas. Disponible en: <https://archive.org/details/san-bernardo.-obras-completas-i-bilingue-1983/page/416/mode/2up?view=theater>

Claraval. S. Bernardo (1966). Opera Omnia. Cisterciense. Disponible en: https://www.corazones.org/biblia_y_liturgia/oficio_lectura/adviento/adviento_dic20.htm

López, Rafael. San Bernardo Abad y sus hermanos. Disponible en: <http://apostoladomariano.com/pdf/2442.pdf>